

# Morir solo cuando sea necesario

La sala de espera presenta una concurrencia masiva a pesar de que no se superan las 8:30 de la mañana. Martín aguarda a ser llamado. Su aspecto resulta llamativo por exhibir una ruralidad manifiesta, y no solo indumentaria, propia de individuos que apenas han tenido un encontronazo anecdótico con el mar.

Lo acompaña su alcalde, Sergio, un todavía chico de 36 al que Martín considera, paradójicamente, como su padre pese a que podría pasar por el hijo que nunca acabó de llegar. Una voz femenina lo requiere a consulta: Martín Tena. Sergio lo impele a pasar. Nos llaman, le advierte. El especialista en digestivo determina con un lenguaje del todo incomprendible para Martín que el pólipo presenta signos de neoplasia y que necesariamente debe ser

intervenido y extirpado para detener una proliferación metastásica y otros blas médicos que el alcalde va traduciendo como puede a coloquial a un aturullado Martín que guarda el silencio educado de los ignorantes.

Cáncer es el término resultante, despojados todos los tecnicismos de la jerga médica.

El trayecto de vuelta acontece silencioso. Cáncer representa una palabra tabú para los 82 años de Martín. Que recuerde, no la ha pronunciado en conversación alguna con Sinforosa, su mujer, casi tan anciana como él pero con memoria más solvente, mejores rodillas y desde el diagnóstico también con más reputados intestinos.

Conduce Sergio, Martín solo lo hace, cada vez con una menor frecuencia, por pistas forestales, a lomos de un viejo Renault que le regaló un enamorado de La Estrella. Todos en Caledonia, incluida la Guardia Civil, son conocedores de que el aldeano no tiene ni carné, ni estudios; que dificultosamente

acierta a sumar y a restar, pero las multiplicaciones se le insubordinan. Sin embargo, la Benemérita, consciente de su necesidad imperiosa de vehículo y de su extrema prudencia, propia de los hombres desprovistos del concepto de la prisa, le permite manejarse sin requerimientos administrativos incluso cuando una vez a la semana se desplaza hasta la villa de Caledonia, la patria grande de La Estrella, para abastecerse de aquello que no puede obtener de su condición autárquica.

Dos horas de trayecto sinuoso hasta llegar a esa aldea de La Estrella, donde Martín y Sinforosa resisten como binomio sentimental y, desde hace treinta y dos años, como únicos moradores de un núcleo poblacional que en épocas de prosperidad, a principios del siglo XX, llegó a contar con más de 200 vecinos.

Llegados a la aldea, sobrepasado ligeramente el mediodía, Martín presiona el antebrazo de su alcalde y lo obsequia con un gracias que equivale, por

dicción, a cualquier pliego de descargo emitido por Alemania disculpándose por haber invadido Polonia. Sergio le recuerda que debe tomar una decisión y que volverá el lunes, a las siete, para regresar a la consulta. Sinforosa aparece desde un ángulo de lo imprevisto con una docena de huevos y una bolsa con ajos y se la ofrece a Sergio a través de la ventanilla. El alcalde no hace intención de resistirte al obsequio porque sabe que tiene perdida la disputa con la tenacidad generosa de la alcaldesa de la pedanía, como la suele aludir cariñosamente.

—¿Se ha puesto muy quisquilloso? Ya sabes que no es un buen compañero de viaje, se ha vuelto muy refunfuñón con los años —se interesa la anciana con la retranca de quien la usa para conciliar.

Sergio prefiere contemporizar con una salida jocosa y dejar que sea el propio Martín quien le traslade a su esposa, a su manera, lo que él mismo le ha reducido a un lenguaje concluyente. Martín, o te operas o te mueres, esa es la elección, le resumió

ya en la intimidad del habitáculo del coche.

La aldea, en mayo, presenta parecida soledad que en noviembre, solo que la intemperie se manifiesta más agradecida con los sentidos. Acostumbrados a la química de los silencios, a no atropellarse, a atender primero a lo inminente y después a lo conveniente, sin que lo urgente tenga cabida en su cotidianidad, Martín y Sinforosa caminan, uno renqueante, la otra ligeramente escorada hacia su artrosis, con sus 162 años mancomunados, en dirección a su casa.

Discurrir entre demasiadas que solo conservan en pie la fachada; algunas ni siquiera, desmoronadas por el devastador terremoto de los días y las heladas. Una estrecha franja de sendero libre de hierbajos fraguado por la reiteración de sus pisadas se proyecta a través del centro de la vía y rememora lo que en su día fueron calles transitadas incluso por niños que colmaban aquella escuela rural en la que Sinforosa y Martín, nacidos, criados, casados y

retroalimentados en La Estrella, aprendieron lo poco que saben de gramática y de cuentas, como aluden ambos a la aritmética.

Ella le pregunta con un aparente desgano que pretende desengrasante, que qué tal por la capital. En el ínterin de la respuesta de Martín, tardo de habitual en producirse verbalmente, Sinforosa evalúa los años, las décadas que hace que no ha hollado aquella ciudad marítima. Todavía se medio santigua cuando reverdece en su memoria la única vez que estrelló su asombro contra el mar y el ensimismamiento que le produjo. Debe hacer del hito bautismal en asuntos de oleajes iniciáticos más de cincuenta años, ahora que ahonda en las coordenadas temporales, trasegando desde que la parieron con un estilo de vida ruralizado al máximo, casi rayano en lo estilista, sin añoranzas de otras civilizaciones, sin desmerecerlas, pero sin desear otro tipo de existencia que la que lleva.

Carraspea Martín antes de atreverse a pronunciar,

ya en la puerta de la única casa con trazas de habitable, la suya, que cáncer, de tripa, de los malos...

Sinforosa se echa la mano a la boca para evitar un estallido de contrariedad porque su esposo ha articulado una de las palabras prohibidas, una de esas que han rehuido siempre pero que ambos sabían que acabaría por atrapar a cualquiera de ellos. Y le regala una caricia desacostumbrada. En la mejilla. Y le mira sostenido. Y él, en un ejercicio de ternura impropio de su reciedumbre, apoya su cabeza contra su plexo solar, donde un día hubo unos pechos enhiestos y concesivos, y sin la recurrencia facilona de las lágrimas, le zanja que o me opero o a criar malvas; si me opero estaré jodido una temporada, pero podré seguir viviendo, recopila.

—¿Y qué dice Sergio? —plantea Sinforosa.

—Que no tengo opción, que morir solo cuando sea necesario, pero no antes. Él se ocuparía de los papeles y de los traslados. ¿Qué dices tú?

—Lo mismo que Sergio. Y que habrá que

recompensárselo, aunque se niegue.

Y sin más diálogo se internan en la casa, retomando el hábito del silencio, más temerosa Sinforsosa de un futuro que requeriría abandonar, quien sabe si definitivamente, el confort de aquella aldea cuya custodia constituye su misión prioritaria en este mundo. Ambos la mantienen digna, visitable para las docenas de senderistas que acceden a su aislamiento desde cualquiera de sus vértices geográficos, con un río musculado pero intermitente, tumultuoso por octubre que casi lame su calle inferior; con iglesia explícita en su desnudez escultórica a excepción de esa talla modesta de la virgen que da nombre a la *villeta*, como apodaban a La Estrella los del municipio cabecero, también venido poblacionalmente a menos, muy a menos, aunque todavía le resista medio millar de pobladores, senectos en su mayoría, de los tres mil que le dieron lustre y blasones a principios del XX pese a situarse el municipio a una altitud de 1475 metros, incompatible

con la paz térmica demasiado a menudo.

Sinforosa prepara cualquier cosa para engatusar al estómago, Martín aduce que lo tiene como anudado y que prefiere no comer. La frugalidad como filosofía, sin televisión, con un par de placas solares que alimentan el frigorífico, el arcón de congelar y las cuatro luces de la casa y los corrales. Internet sigue revelándose a ambos como una hechicería cuando los viajeros les relatan sus maridajes con la Red y les muestran, con la agilidad de unos dedos brujos, las panorámicas de una creación evolutiva de la que ahora no necesitan más allá de un bisturí y el pulso firme de un cirujano doctorado en viejos.

Un perrillo indefinido de raza husmea algún descuido orgánico en la cocina. Hoy no ha visitado nadie la aldea. Martín no entiende como una mijilla de sangre en sus heces puede romperle tan devastadoramente por dentro. Ambos se sientan en el banco de granito situado junto a la puerta principal para asolearse; mayea mayo. Cada uno por su

cuenta interioriza si podrán ser capaces de morir allí o la fatalidad querrá que La Estrella, sin ellos como centinelas, se convierta en una mera postal de piedra sin retorno.